vino de la Iglesia Católica entonces naciente. De ésta, decía aquel ilustre Sanhedrita á sus colegas: «Dejadla crecer, que si es obra de los hombres pronto acabará; pero si es obra de Dios, á pesar de vuestros esfuerzos tendrá que subsistir para siempre.» Dad pues ferviente acción de gracias á la Providencia, oh ilustres hijos de nuestro común Padre San Felipe Neri, porque aunque náufragos, en esta noche, noche de eterna remembranza, habéis llegado á las playas de un nuevo mundo, á coronaros de gloria, celebrando llenos de alborozo el apoteosis de Aquélla, á la que yo, con vosotros me honro en llamar mi madre; y ahora que sonriente iris anuncia dulce calma, y ahora que Aquélla de quien fué expresivo emblema blanca paloma que en su pico llevara verde ramo de oliva al atribulado Noé, cuando cesaron las aguas del Diluvio, os trae de lo alto la suspirada paz, formulen vuestros labios las sentidas expresiones, que en nombre suyo, y en el de aquellos que con Él, en el Arca se salvaron, formulara, agradecido á Nuestro Buen Dios, diciéndole:

«Nosotros somos cual aquellas flores,
«Que el granizo marchita en los tejados
«O cual cañaverales deshojados
«Del sofocante sol á los ardores;
«Mas nos diste, Señor, grandes consuelos
«En la tormenta tan terrible y triste
«Y con tus blandas alas nos cubriste
«Como el pájaro cubre á sus polluelos.

Mil y mil años ha que los hijos de Oriente levantaron en el desierto pirámides colosales; cabe esas pirámides levantan á su vez las caravanas del desierto sus tiendas de un día. Las tiendas pasan, un remolino de arena las arrebata; pero las

pirámides permanecen, los huracanes del desierto no pueden derrumbarlas; los siglos en su carrera respetan aquellas majestades solitarias. ¿Queréis, señores, comprender la obra gigante de Felipe Neri en esta su queretana Casa? Id y contemplad las pirámides de Egipto. No temáis, amados Padres y hermanos. La voz que serenó en otro tiempo el alborotado mar de Genesareth, y que hizo sobreviniese tras deshecha borrasca gran tranquilidad, fué la misma, que, en cadencia celestial, en harmonía impregnada de esperanza, dejóse oir á nuestro ínclito Fundador brotando de los divinos labios de Jesús crucificado, prometiéndole la permanencia de su Instituto á pesar de rudas y crueles adversidades; volved á escucharla llenos de confianza que razón de sobra tiene esta Casa del Oratorio para juzgar que á ella también se le habla. Yo, en esta noche de imperecedero recuerdo, las recojo con amor y respeto en el Corazón traspasado de Cristo clavado en la Cruz, para convertirlas en precioso bálsamo que acabe de restañar la sangre de vuestras heridas, ya que no habéis reposado sobre lecho de perfumadas rosas: percibidlas, pues, de nuevo y . . . . ¡Valor! «Sigue alegremente en aquella empresa comenzada en mi servicio, dijo el mismo Jesús á su predilecto hijo Felipe,[1] porque el Instituto de la Congregación que has principiado, me es agradable, y Yo la favoreceré y protegeré siempre; por lo cual: ten buen ánimo y no temas cosa alguna.»

DIJE.

1 Excelencias de la Congregación del Oratorio.

CAPILLA ALFONSINA
UANL